



to por la fuerza á sus sucesores. Pero ántes que cesase la lucha de tres siglos, de los cristianos contra los Césares y los verdugos, habia principiado otra nueva. Combatian en las escuelas el antiguo Oriente, el antiguo Occidente y el cristianismo, el cual, extendiéndose sobre todos los hombres y todos los intereses, era natural que encontrase muchas é interesantes contradicciones. Los neoplatónicos quieren elevarse á Dios, no mediante la fe, sino mediante la doctrina. Sectas judaizantes, sectas judaicas, sectas orientales unidas ó adversarias á las de los hebreos; sectas cristianas amigas ó enemigas del ascetismo, dóciles ú hostiles á la teosofía asiática, principian la lucha de ingenio más grandiosa que ha visto nunca el mundo, entre la teología antigua y la nueva, entre la mitología poética y la religion moral, entre la antigüedad que desaparece y el nuevo tiempo que se abre.

Por consecuencia, la doctrina evangélica encontró resistencia como todas las novedades: tachada primeramente de sueño y de locura, despues se confiesa su sublimidad, pero acusándola de plagio, como si toda su verdad fuese deducida del Egipto, de la India y de la Academia; y en fin, se adoptaron sus pensamientos, miéntras que todavía se persistia en combatirla. ¡Pero véase qué novedad tan importante! En aquella balanza ha perdido todo su peso la espada, y la autoridad de los Césares en el apogeo de su fuerza, no entra por nada en la determinacion de la creencia: tan eficaz resonó la palabra que distinguia los derechos de la espada de los del pensamiento.

En el despecho de la contradiccion la literatura pareció que tomaba de las tumbas una vida enteramente artificial, y con un vigor obstinado se esforzó en inventar memorias, adornar lo pasado y abrazarlo tenazmente cuando se le escapaba de las manos. Esta tardía prosperidad de las letras y de la filosofía,

es uno de los fenómenos más singulares de la Historia. El arte del estilo, que en las épocas de Pericles y de Augusto elevaba grandemente á algunos hombres sobre los otros, se habia perdido; ni ofrecen los autores parciales aquella artística perfeccion que hace que cada uno trace un surco suyo propio en la cultura intelectual. Descuidase aquí la forma por el espíritu; son como batallones que, uniformes en el desarrollo general del pensamiento, proceden de acuerdo, unos para defender y otros para combatir al mundo antiguo. Esta es la causa de que no desee uno tanto detenerse parcialmente en cada uno de ellos, como abrazarlos en conjunto, y descubrir aquel espíritu de indagacion, estimulado por cuestiones de una importancia mayor que las sencillas rivalidades de escuela; esta es la causa de que pululen grandes verdades como grandes errores, sostenidos por ingenios rejuvenecidos, arrastrados entre el torbellino del siglo y el progreso universal.

La sociedad pagana poseía todas las instituciones necesarias para el progreso de las ideas y el desarrollo de la inteligencia, al paso que la religion nueva carecia enteramente de todo esto, y todo lo debía deducir de su voluntad, de las creencias, del imperio de éstas sobre los ánimos, y de la necesidad que tenia de propagarse y de ocupar el mundo.

Y sin embargo, no fué mucho tiempo dudoso el éxito de la batalla, y todo anuncia que la sociedad antigua está herida en el corazon. Solamente que, así como ciertos héroes de la Edad Media continuaban combatiendo tres dias despues de muertos, del mismo modo se sostiene la vieja sociedad por su propio peso, y pagana en el fondo, aún despues de haberse hecho cristiana exteriormente, prolonga una vida enteramente artificial, hasta que vienen los bárbaros á abrasar las reliquias de aquel inmenso cadáver, á fin de que su putrefaccion no contamine á toda la tierra.

CAPÍTULO XV

Consideraciones sobre la caída del imperio romano (1).

Si el lector ha comprendido nuestra idea, no espere aquí los acostumbrados lamentos sobre la caída del poder latino. Quédense para el que, obedeciendo á las reminiscencias de escuela, juzga con el patriotismo de Ciceron y de Catón. En la ruina de aquel imperio, la historia nos muestra la desaparicion de una barrera que se oponia al progreso, y por la agonia de diez siglos que sufrió el imperio de Oriente, puede colegirse cuál habria sido la situacion del occidental si hubiera subsistido.

Tampoco atribuiremos la caída del imperio solamente á las invasiones de los bárbaros, que habiendo principiado en los tiempos de César y de Augusto, le amenazaron sin destruirle por espacio de cinco siglos, hasta que su situacion interior hizo irreparable un golpe de que fuese ocasion y nada más la gran emigracion.

Las sociedades modernas están fundadas en el amor, en el Cristianismo, hubiera dicho me-

yor César Cantú, y cuanto más se civilizan, más procuran la paz y extienden la igualdad á mayor número de hombres, y en fin á todos. Las sociedades antiguas, por el contrario, no vivian sino de odio, de guerras, y rechazando de su civilizacion privilegiada á todos los demás pueblos. Á esto, si bien se mira, se reducía el patriotismo, vida de las sociedades antiguas. Algunos hombres asociados, libres entre sí, eran tiranos y enemigos de todo el que no pertenecía á su sociedad: de aquí la necesidad de estar siempre sobre las armas para defenderse ó para ofender; de aquí tambien que los legisladores civiles y religiosos se dedicasen á conservar las costumbres y las instituciones que distinguian á su pueblo de todos los demás.

Pero no podian impedir que las conquistas, las alianzas y las confederaciones dilatasen estas sociedades, aumentando el número de agregados y disminuyendo el de enemigos. Extendiéndose así á mayor número de hombres los privilegios, progresaron la cultura y la jus-

(1) Cantú, tomo 2.º, HISTORIA UNIVERSAL.



ticia; pero se minaba la sociedad por sus cimientos; y debilitado el patriotismo por la extension que se le daba, debia prevalecer el pueblo que lo conservase en su exclusivo vigor.

La Grecia, con las conquistas de Alejandro, rompió las barreras que marcaban los límites de su ciudad, y decayó. Los pelasgos, etruscos y otros pueblos que habitaban las playas del Mediterráneo, llegaban á este segundo estado, cuando Roma, patriótica y guerrera por excelencia, los atacó y sometió.

¿Qué obstáculo podia oponer el mundo á su ímpetu y al vigor de aquellos patricios? Antes que el genio oriental de las conquistas penetrase en Europa, los pueblos de ésta se hallaban casi en el mismo estado de civilizacion, entregados al cultivo del campo, divididos en pequeñas poblaciones, segun los territorios; á menudo en guerras intestinas, no de grande importancia, pero muy propias para alimentar su valor; con muchas ciudades, pero sin ninguna que dominase á las demás; y unidos sólo cuando lo requerian los intereses del momento. Carecian de los refinamientos sociales, pero poseian la libertad, carácter que los distinguia de los asiáticos. En los grandes imperios orientales se perdía ó se sacrificaba el individuo; en Europa la subdivision producía esas luchas en que el hombre desarrolla y ejercita libremente sus fuerzas.

Favorecian este estado de cosas la naturaleza, que dividió el terreno por medio de montes y rios, y las colonias, que, ya fuesen de emigrados, ya de ciudadanos, trasplantaban ó conquistaban pronto la libertad.

Este aspecto presentaba al principio la Grecia, con pueblos diferentes por su origen y constitucion, pero unidos por el idioma. Una vez se asociaron estos pueblos para rechazar á los persas, dividiéndose despues en dos estados principales, uno aristocrático y otro popular; de donde nacieron celos irreconciliables y guerras que debilitaron á entrambos. Alejandro habria podido elevar á grandísima altura á aquella nacion reunida, si se hubiese conservado fiel al patriotismo, y si su fogoso genio oriental no le hubiera llevado al Asia, en vez de mantenerlo próximo á la Europa. No

podia ésta sufrir todavía la unidad; de modo que á la muerte de aquel gran capitán todo se descompuso; multiplicáronse los ejércitos, las alianzas y las batallas; nada se vió ya grande ni generoso, y sólo quedaron los mezquinos cálculos de un equilibrio político, que creyendo consolidar la paz, sembró guerras interminables y produjo una disolucion universal.

Aprovechóse de esto Roma, que era tambien una mescolanza de gentes diferentes, y que se veia obligada á sostenerse con la guerra entre los diversos pueblos de Italia. La plebe, esto es, la raza vencida, luégo que la expulsion de los Tarquinos suspendió la gran obra de asimilacion iniciada por los reyes y consolidó la oligarquía, sufría bajo el dominio de ésta una horrible opresion; pero ménos dócil á la tiranía que los pueblos de Asia, se agitaba y pedía pan y derechos. ¿Y cómo aquietarla? Ocupándola en incesantes guerras, de las cuales los patricios sacaban seguras ventajas, enriqueciéndose si eran vencedores, y reprimiendo si vencidos las pretensiones de aquellos á quienes tiranizaban.

En la guerra, por tanto, se adquirían en Roma los grados; con la guerra se aumentaba el número de ciudadanos; para la guerra se educaban los hijos, y de guerra se trataba generalmente en las sesiones del Senado y del pueblo, de donde salían los capitanes que ejecutaban en el campo lo que habian decidido en el consejo.

Cuando el espíritu marcial se combina de esta manera con todos los elementos políticos, y anima las asambleas deliberativas, ya no es posible que cese la guerra, deseándola todos como ejercicio de su profesion, como carrera de honores, de riquezas y de poder. El ardor de estos hijos de Marte no es el de un Alejandro ó el de un Gengis-Kan, que deja á los pueblos una esperanza en la muerte del ambicioso, sino que un capitán sucede á otro, quedando siempre vivo el espíritu de este héroe inmortal.

Sometida la península por medio de las batallas, se encontró Roma frente á frente con Cartago; en la resistencia se hizo gigante, en la victoria irresistible, y en aquel mezquino juego de equilibrios puso su espada en la ba-



lanza, al paso que con su astuta política daba la mano al débil para oprimir con él al fuerte, y despues subyugar á uno y á otro.

¡Ay de los vencidos! Otros pueblos civilizados conquistaban sin destruir: Darío y Jerjes dejaron traficar y gobernarse libremente á las colonias de la Propóntide y del Euxino; Alejandro favoreció la prosperidad de Persia y aumentó la de Egipto; si destruyó á Tiro, lo hizo para levantar á su lado una ciudad que eclipsó su esplendor. Los reyes del Ponto, que sometieron muchas colonias al rededor de su reino, no les arrebataron sus leyes; ántes bien buscaron riquezas, favoreciendo al comercio, y las hicieron instrumento de su poder. Por el contrario Roma, con no interrumpida maña, borró los caracteres nacionales; donde quiera que caía su espada abatía la antigua grandeza, la obra de largos siglos de industria. La opulenta Corinto, Cartago reina de los mares, Rodas esposa del sol, fueron inmoladas á su celosa conquistadora; perdieron su brillo las comerciales ciudades del Egeo, murieron las espléndidas de Grecia; el comercio, alma del pueblo que vive junto á los mares interiores, espiró entre los abrazos de la nacion dominadora, que le ahogaba en pequeño fortaleciendo hasta en las leyes la opinion que tenia al comercio y al trabajo por deshonorosos; y en grande, con el feroz derecho patricio, que consideraba como enemigos á los pueblos neutrales, y como buena presa los bienes y las personas de los que no eran aliados.

Si Roma dejó á algunos países conquistados de Italia y de Grecia alguna sombra de libertad, sombra fué y nada más que sombra (1), y declaró guerra á muerte á España, á Galia y á lo restante de Europa; y gran prueba de ello es el ver cómo se extendieron las colonias, tanto de los que arribaron primero, como de los que buscaban en ellas un refugio á las turbulencias de la metrópoli, y que llegaron hasta alterar la lengua. Excepto aquellos pocos que en algunos países obtenían en todo ó en parte

(1) *Majores nostri Capuæ magistratus, senatum communem... sustulerunt, neque aliud nisi inane nomen reliquerunt.* Ciceron, c. Rullum, 1.

el derecho político ó civil de los romanos ó de los latinos, los demas quedaban expuestos á las calumnias de los jueces, á las extorsiones de los leguleyos, á la tiranía de los nobles y á las rapiñas de los procónsules, que renovándose todos los años, no ponían á las vejaciones ni áun el límite de la saciedad. Salustio llama desapiadada é intolerable la dominacion romana (1). Tácito dice que las provincias se despoblaban para acallar sus quejas (2); Tito Livio, Hrico é ingénuamente obcecado por la grandeza de su patria, que se enfurece sinceramente cuando cualquier pueblo se atreve á defender la vida y la libertad contra Roma, confiesa que donde hay un publicano desaparece el derecho, y no existe la libertad; y Mitridates podia exclamar con justicia: «Toda el Asia espera de mí la libertad.»

Despues que el gobierno republicano hubo aniquilado de esta manera los pueblos, el gobierno imperial aniquiló tambien los individuos, no apreciando al ciudadano sino en cuanto convenia al Estado, y separando así el interés personal del interés comun. Excepto aquellos pocos que esperaban tener parte en el gobierno, todos los demas sólo conocían el Estado por las opresiones y los impuestos; por lo cual las provincias, en vez de aumentar la fuerza de Roma, la debilitaban, mirándola como enemiga, y considerando como libertad propia la pérdida de la de su tiranía.

Roma se compensaba de lo que gastaba en las conquistas, absorbiendo lo más florido de los países sometidos. Esta admirable constitucion, que nació con ella, contrariada por algun tiempo por la república aristocrática, sostenida por los tribunos, por los Gracos, por Mario y especialmente por el poderoso genio de César, hizo que Roma llegase á ser señora del mundo por largos años; pero al fin debia destruir los fundamentos de su grandeza. En Roma republicana la patria era una religion, y su incremento el fin supremo de todas las acciones públicas y privadas. Por ella se despre-

(1) *Imperium ex justissimo et optimo, credule intolleram dumque factum.*

(2) *Ubi solitudinem faciant, pacem appellant.*



ciaban el oro, la vida, la piedad y la virtud; por ella no se aceptaba la paz sino despues de la victoria, y por ella se formaron aquellos héroes que son la admiracion del que considera la grandeza independientemente de la humanidad.

Dividiase el botin de las provincias conquistadas entre los soldados y el terreno entre los ciudadanos, que levantaban de este modo una barrera contra los enemigos; y difundiendo entre los vencidos el temor de Roma y el respeto á sus instituciones, preparaban nuevos triunfos.

Pero á medida que se dilataba la ciudad, se disminuía el amor que inspiraba; y la pena del destierro, terrible para el romano cuando le relegaba solamente á Fidene ó á Ardea, pareció tan suave en tiempo de César, que hubo que añadirle la confiscacion de bienes.

Cuando las conquistas lejanas obligaron á prorogar los mandos, contrajeron los generales la fácil costumbre de hacer enteramente su voluntad en provincias esclavas; los ejércitos, educados en la obediencia ciega á los capitanes que los guiaban á la victoria, se convirtieron en sus manos en un instrumento para combatir á su misma patria; con ellos se hicieron sanguinarios tiranos Mário y Sila; con ellos derribó César la aristocracia y Augusto la república.

Entónces se alteró la constitucion, no tanto por que el dictador de los nobles ó el tribuno de la plebe tomara el nombre imperial, cuanto por haber cesado las conquistas, que hasta entónces habian sido el alimento de Roma. No las pedia ya la ambicion privada, porque toda la gloria y provecho eran para el emperador; no el Senado, porque no necesitaba de victorias con que distraer ó engañar á la plebe; no la necesidad de adquirir con el duro aprendizaje de los campos de batalla las dignidades, porque se conseguian haciendo la corte al César; no los emperadores, porque preferian gozar las pompas dulzuras de su grado, al aumento de un dominio ya demasiado vasto.

Éstos, para quitar todo obstáculo á su poder y enriquecer el tesoro, tuvieron que embotar el sentimiento exclusivo del amor á la patria y extender á gran número de súbditos la ciudadanía. El gobierno de Roma era el de un

municipio, en que los patricios, el pueblo, los caballeros, el Senado, los cónsules y los tribunos estaban equilibrados de tal modo, que una mano vigorosa podia dirigirles en el mejor orden civil. Pero éste cesó de ser conveniente cuando en la ciudad, tan extensa como el mundo, no pudieron ya ponerse de acuerdo elementos tan heterogéneos. Otras nuevas Romas tomaron las formas de su madre, y de la primitiva no quedaba ya más que una sombra; ni aún abriendo sus puertas á toda Italia y despues al mundo, pudo producirse un verdadero orden de ciudadanos, una nobleza de todo el imperio, que diese garantías de libertad al pueblo, de duracion al gobierno y de influencia á la administracion. Todo dependia del capricho del uno solo, y éste de los caprichos del ejército; de modo que la monarquía no fué ménos tempestuosa que la república. Tenía la apariencia de una gran unidad; pero interiormente no habia nada sólido: razas, lenguas, creencias, instituciones, deseos, todo era diferente; un pueblo era desconocido de otro; las comunicaciones estaban abiertas sólo entre las capitales, es decir, entre los diferentes puntos que habitaban los ciudadanos de Roma: por lo demás, sólo habia una antipatia recíproca entre vencidos y vencedores, un antagonismo, que no teniendo nada de legal, desarreglaba el Estado sin moderar á los dominadores.

Si César, verdadero fundador de la autocracia, hubiera podido efectuar sus grandiosos designios, consolidar la unidad del imperio, extender á las provincias la ciudadanía, y herir de muerte á la aristocracia, aumentando el Senado y agregando á él gente siempre nueva, hubiera podido salir de todo esto un gobierno bien proporcionado, en que las diversas fuerzas se dirigiesen á un fin, y en el cual aquella mescolanza de latinos, itálicos, nuevos latinos, municipes, colonos provinciales, se fundiese en un gran todo para la libertad de la nacion y la civilizacion del mundo. Pero el pequeño talento y el más pequeño corazon de Augusto no tuvo la capacidad ó la generosidad de instruir en el imperio un freno para sí mismo y para mala la voluntad de los sucesivos imperantes, de suerte que éstos pudieron cuanto quisieron.



Y quisieron lo peor. Las asambleas del pueblo llegaron á ser imposibles cuando todo el mundo podia intervenir en ellas. El Senado hubiera podido interponer algun obstáculo; pero todos los emperadores, buenos ó malos, débiles ó resueltos, estuvieron acordes para diezmarlo y envilecerlo. De aquí provino la más desenfrenada tiranía, la cual pareció más monstruosa todavía, porque el poder ejecutivo no estaba separado, como entre los modernos, del legislativo, y los principes hacian de jueces aplicando las penas por ellos mismos decretadas. La antigua república de los patricios habia enseñado artificios y establecido leyes para deshacerse de todo el que contrariaba sus miras; y los emperadores podian valerse de ellas para la venganza propia ó la avaricia de los favoritos. Si algunos no abusaban de su autoridad limitada y de su poder legal, era por bondad; ¿pero hemos oido alguna vez echar en cara á los mónstruos que sucedieron á Augusto el que se saliesen de la ley? En ésta nada habia que restringiese sus caprichos; de la religion eran los pontífices sumos; la moralidad era una disputa de escuela, ineficaz contra la férrea palabra de la ley.

Con tales artes se obtiene, pero no se consolida el reino, y cuando el poder es la única medida del derecho, la fuerza viene á ser árbitra de todo. Y así sucedió. Pero la fuerza que eleva á los monarcas, los derriba tambien. Obligados á estar sobre las armas, no ya contra enemigos exteriores, sino contra los súbditos, aumentaron el poderío de los pretorianos, y éstos usurparon la facultad de elegir á los emperadores y de mezclarse en los negocios del gobierno civil. Cuando Cómodo arrancó las últimas apariencias de libertad que le quedaban al pueblo y al Senado, poniendo al lado del trono al prefecto del Pretorio, se estableció el verdadero despotismo; los pretorianos ocuparon los bienes de los demás sin cuidarse de velar con las fórmulas la usurpacion; envilecieron al Senado inscribiendo en él toda clase de gente, con tal que pagase; vendieron los decretos, crearon veinticinco cónsules en un año; ¿qué más? pusieron en almoneda el imperio, adjudicándolo al mejor postor.

Lo que los pretorianos hacian en la ciudad, los ejércitos pretendieron hacerlo fuera de ella confiriendo el reino á aquel á quien estaban dispuestos á defender. Despues de Máximo comienza la lucha entre el Senado y el ejército por la eleccion, y como el segundo preponderaba, elegia los emperadores entre naciones diferentes. Roma, en vez de dictar leyes á los extranjeros, las recibia de ellos, y el patriotismo decaía más y más cada dia entre jefes extranjeros y súbditos envilecidos. Pretendiendo despues igual derecho cada ejército, hubo dobles y triples elecciones y guerras civiles, en las cuales se gastaban las armas que eran necesarias contra los bárbaros, y se dejaban desguarnecidas las fronteras cuando más convenia guardarlas.

En los ciento sesenta años descritos por la *Historia Augusta*, setenta personas llevaron el título de emperadores, con derecho ó sin él, y donde el imperio se conferia de este modo, es difícil, ó más bien imposible distinguir, como no sea por el éxito, al legítimo del usurpador. ¿Podian arreglarse á una política uniforme estos efimeros reinados? Cada recien venido añadia alguna cosa personal; cada recien venido se complacia en hacer precisamente lo contrario de su antecesor, sin que ninguno fuese guiado por un gran fin, ó tuviese tiempo para efectuarlo.

Constantino conoció la necesidad de una monarquía regular, pero sin freno; sin embargo, no tuvo bastante maña ó bastante fuerza de voluntad para poner de acuerdo los diversos elementos, y no contento con impedir la insurreccion, debilitando la guardia pretoriana y separando el poder que dirige del que obra, dispersó por las provincias las legiones que defendian el paso de los rios, y de este modo las dejó expuestas al impetu de todos los peligros.

Sus sucesores se abandonaron á la corrupcion de una corte al estilo asiático, y los palacios en que ampararon su amenazada majestad se convirtieron en oficinas de intrigas, de inicuos juicios, de torpes bajezas, que sucedieron á las matanzas de los primeros Césares. Viviendo entre cortesanos y eunucos, tan sólo apren-